

A

nálisis de la intuición

Carlos Arturo Ramírez¹

La base y el comienzo del método (en cuanto espíritu) científico es la invención de conjeturas. La conjeturación se basa en la emergencia de ocurrencias. Dicha emergencia parece fortuita, aleatoria e ineducable; basada en la intuición —como algo misterioso, insondable—; ¿pero es del todo así?

¿De dónde emergen las ocurrencias? ¿Cómo opera la intuición? En un animal, lo harán de la experiencia sedimentada, memorizada. Esto es, del saber imaginario que se articula y, por medio de asociaciones, produce, inventa, crea nuevas combinaciones, y permite al animal comportamientos inesperados, nuevos, que surgen de la coalición de ese saber imaginario con lo real de su organismo y del medio. Según Konrad Lorenz, la intuición “es una función de la percepción en general y de la percepción gestáltica en particular y, por lo tanto, un proceso fisiológico totalmente natural.” (p. 106). Helmholtz, que fue el primero en descubrir y

estudiar estos procesos, los consideraba “conclusiones inconscientes”.

En el ser humano se añade algo adicional: el lenguaje, el discurso del entorno y del propio sujeto, que producen un saber imaginario y simbolizado. Este saber se expresa como intuición (facultad o función, pero también su efecto). Para Lorenz, la intuición y la inducción son la base del método científico. Y, efectivamente, la primera fase de la práctica científica, la invención, se funda en la intuición. Pero requiere de la segunda fase, la verificación, para dejar de ser una mera conjetura intuitiva y convertirse en una hipótesis científica, ya que la intuición resulta de la incorporación de una serie de experiencias subjetivas e intersubjetivas que llevan a introyectar un discurso consensual (casi todo sin análisis previo: prejuicios), y de un discurso subjetivo, resultado de las elaboraciones simbólicas de las experiencias personales (en gran parte también no analizadas).

Vemos entonces que la intuición está basada fundamentalmente en un conjunto de *pre*-juicios, de un saber que sólo en parte es consistente y en parte eficaz. De allí que la intuición funcione... a veces; y que sus recomendaciones sean tan eficaces como lo sean los prejuicios en que se orientó. Esta es la situación de una intuición no analizada, no formada.

La formación implica un análisis de la intuición. Convertir los prejuicios en juicios (esto es, verificar los valores, las creencias, *enjuiciarlas*). Hay que someterlas al método analítico: entender, criticar, contrastar, y luego re-incorporar (comprender), hasta que de nuevo se hagan parte de nuestro cuerpo, nuestras costumbres y hábitos, y con-formen una actitud, un estilo de vida **analizado**.

¿Cómo podría aplicarse el método científico (analítico) a la intuición? Usualmente, *a posteriori*; y, en algunos casos, *a priori* (la intervención calculada). Cuando aparezca una ocurrencia, hacerle un seguimiento; ver su eficacia: sus resultados, sus efectos; y su consistencia: esto es, sus razones. Tratar de entender, criticar y contrastar dichas razones, captar por qué produjo dichos efectos; incluso, llegar a conjeturar cómo pudo ocurrir, emerger, dicha conclusión intuitiva. Sobre todo en los tropiezos, en los desaciertos, descontentos, hay que analizar el sentido de la ocurrencia.

Pero para lograr todo esto hay que atreverse (*¡audere!*) a escuchar las ocurrencias y a dejarlas o-currir, correr, realizarse, para poder saber (*scire*) adónde conducen, y así *captarlas*; hay que abrirse primero a ellas (*escucharlas*) y luego tener la fortaleza, el poder, la fuerza, la voluntad (*potere*) para llevarlas a cabo; y atreverse (*audere*) a realizarlas, a dejarlas dis-currir. Con la mayoría de ellas, luego, el final de la máxima soteriológica: *tacere* (callar). Por eso el proceso es: *scire, potere, audere, tacere*.

Referencias

Lorenz K. 1993. *La ciencia natural del hombre*. Tusquets, Barcelona: Tusquets.